

Alan Parks

ENERO SANGRIENTO

SERIE
**HARRY
McCOY**



colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ALAN PARKS
ENERO SANGRIENTO

Traducción de Juan Trejo

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Bloody January*

1.ª edición: enero de 2020

© Alan Parks, 2017

De la traducción: © Juan Trejo Álvarez, 2020
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-772-9
Depósito legal: B. 25.794-2019
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

McCoy recorrió el pasillo en dirección a las escaleras. Los tacones de sus zapatos repiqueteaban sobre la pasarela metálica. Su aliento formaba una nubecilla de vapor frente a él. No cambies nunca, Barlinnie. Congelarse en invierno y asfixiarse de calor en verano. El viejo edificio victoriano estaba en las últimas. No fue pensado para la cantidad de presos que ahora se hacinaban en su interior. Tres, a veces cuatro reclusos metidos en una celda pensada para dos personas. Con razón toda la prisión apestaba. El hedor de los cubos de basura repletos mezclado con el sudor rancio era tan intenso que se pegaba a la garganta en cuanto uno traspasaba las puertas; y se quedaba enganchado a la ropa cuando uno se iba.

Había frecuentado la prisión desde sus primeras semanas en el puesto. Lo único bueno en relación con Barlinnie era que te libraba de tener que ir a cualquier otro sitio. Allí acababan todo tipo de criminales de Glasgow. Desde violadores, asesinos, pedófilos y pederastas hasta viejos que habían perdido el norte y aquellos a los que habían pillado saliendo de la cooperativa con dos latas de salmón bajo el jersey poco después de haber enterrado a sus esposas. Barlinnie no le hacía ascos a nadie, los acogía a todos.

Se apoyó en la barandilla de la pasarela y oteó, más allá

de la red de malla y de la neblina de humo de tabaco, hacia la sala de recreo que se extendía abajo. Se reunía allí la habitual recua de presos dando vueltas con sus pantalones vaqueros y sus zapatillas de deporte blancas. Un par de tipos, cuyos nombres no fue capaz de recordar, jugaban al ping-pong. Los sicarios de las bandas de Milton se reunían alrededor de la mesa de billar, todos ellos con largas cabelleras, bigotes y tatuajes de reformatorio. Uno de ellos señaló con el taco cuando dejaron a Jack Thomson, sentado en su silla de ruedas, frente al televisor, y todos rieron disimuladamente. Un año antes se habrían acojonado ante la mera posibilidad de mirar a alguien como Thomson, pero ahora el pobre bastardo tenía tal abolladura en el cráneo que resultaba visible desde allí arriba, donde estaba McCoy. Es lo que pasa cuando alguien te golpea con una maza en las rodillas y después te lanza un par de golpes a la cabeza como quien no quiere la cosa. Ya no puedes andar y tu cerebro está tan triturado que ni siquiera sabes dónde estás.

McCoy se abotonó la gabardina hasta arriba y se sopló en las manos. Allí dentro hacía un frío de narices. Un tipo gordo y bajito se levantó de la mesa donde estaban jugando a cartas, le miró y asintió. Steph Andrews. A McCoy todavía le divertía pensar que nadie allí supiese que era un soplón. McCoy rebuscó en el bolsillo, sacó una de las cajetillas de Regal que había traído consigo y la dejó caer por un lado. Steph la agarró al vuelo, se la guardó en el bolsillo y salió de allí antes de que nadie se diese cuenta. Ésa era la primera regla cuando visitabas Barlinnie: llevar cigarrillos. McCoy se inclinó un poco más sobre la barandilla, todavía no había logrado ver entre los presos al hombre por el que había ido allí.

—Hora de comer en el zoo, ¿eh?

Se dio la vuelta y vio que Tommy Mullen también estaba

inclinado sobre la barandilla, a su lado. Mullen se quitó la gorra y se rascó la cabeza. Cuando McCoy empezó a frecuentar Barlinnie, el pelo de Mullen era negro. Ahora lo tenía prácticamente gris.

—¿Cuánto tiempo te falta para jubilarte, Tommy? —le preguntó.

—Tres putas semanas más. Cuento los días.

—¿No te da pena marcharte?

—¿Estás de broma? Ya no puedo más. El hermano de mi mujer ha comprado una pequeña caravana en Girvan. Aire fresco. Estoy deseando alejarme de este lugar appestoso.

—¿Y éste qué querrá ahora? —preguntó McCoy—. Lo único que sé es que llamó a la comisaría para que viniéramos.

Mullen se encogió de hombros.

—¿Acaso crees que me lo diría? —Sacó un cigarrillo liado de su lata de tabaco y lo encendió.

McCoy volvió a mirar abajo, desde el balcón, intentando distinguirlo entre la multitud.

—No lo verás ahí abajo —dijo Mullen—. Lo han trasladado. Ahora está en la Unidad Especial.

McCoy dejó escapar un lento silbido. La misteriosa Unidad Especial. Nadie sabía gran cosa sobre ella o sobre cómo se suponía que funcionaba. La habían creado el año anterior. El Servicio de Prisiones se apuntaba demasiado tarde a la moda de los años sesenta. McCoy recordaba haber visto una conferencia de prensa en la tele. Un director de aspecto sombrío sentado tras un escritorio flanqueado por dos tipos con aspecto de profesores hippies. Los hippies parlotearon sobre Arteterapia, Custodia Positiva y Romper Barreras.

A pesar de estar en sus inicios, cualquier mención a la Unidad Especial era suficiente para que los periódicos echasen espuma por la boca, y la mayoría de los policías también. Según ellos, la Unidad Especial iba a ser una especie de

Sodoma y Gomorra reconstruidas a orillas del río Clyde. Según los hippies, se trataba tan sólo de una pequeña sección de la cárcel donde los presos de máxima seguridad serían tratados como seres humanos. A McCoy no le preocupaba ninguna de las dos versiones ya que, a decir verdad, lo que habían probado hasta entonces no había funcionado. Pandillas de matones apalizaban a los presos problemáticos y los metían en jaulas en sótanos helados y húmedos. Por lo que él había podido comprobar, eso hacía que esos pirados empeorasen; salían de allí más dispuestos a golpear o apuñalar a cualquiera que les mirase mal.

Mullen y McCoy salieron del edificio principal y atravesaron el patio de la prisión, con los abrigos sobre sus cabezas, en dirección a una puerta roja que había en el muro más alejado. El tiempo volvía a empeorar, caía aguanieve y el viento hacía volar las hojas y la basura por todo el patio. Mullen abrió la puerta roja y entraron.

McCoy se detuvo, intentando asimilar lo que veía. Era como Alicia a través del espejo.

Dos invernaderos se extendían frente a ellos, llenos de flores y de tomateras. Habían excavado los parterres en el cemento y habían plantado las verduras formando rectas hileras. En una zona sin cercar, a un costado, había numerosos túmulos de piedra con caras a medio terminar o cuerpos esculpidos, en granito mojado y reluciente. La puerta de un pequeño cobertizo que había a un lado estaba abierta y por ella salió un tipo delgado, de pelo rubio y largo, con un formón en la mano y un sucio delantal de cuero. Alzó sus gafas de seguridad.

—¿Todo bien, Tommy? —preguntó—. Hacía mucho que no te veía.

A McCoy le llevó varios segundos percatarse de quién era. Bobby Munro. No pudo evitar sonreír. ¿Bobby «Cuchi-

lla» Munro en Barlinnie con un formón en la mano? Los periódicos se pondrían como locos si contaran con semejante información. Seguramente era la primera vez que utilizaba un formón para su verdadero propósito; lo normal habría sido que se lo hubiese pasado a alguien por la garganta.

—Sí, todo bien —respondió Mullen—. Estoy buscando a Howie.

—Estará tirado delante de la tele. —Señaló hacia la puerta—. Por ahí.

—¿Ahora te llaman Tommy? —preguntó McCoy cuando echó a andar—. Todos sois buenos amigos. ¿Así es como funciona?

—No me jodas —dijo Mullen al atravesar la puerta—. Ha sido muy difícil acostumbrarse, te lo aseguro. «El uso de los apellidos es degradante y despersonaliza, por lo que tiene que ser eliminado» —recitó con voz engolada—. Y mierdas por el estilo.

La última ocasión en que McCoy estuvo en el bloque de la lavandería había un montón de grandes lavadoras industriales en marcha; también había hombres detrás de grandes planchas, medio ocultos por el vapor de la humedad. Ahora no. Ahora todo estaba prácticamente vacío, pintado de blanco, con fotos y pósteres enmarcados colgando de las paredes y una enorme escultura de hierro plantada en medio de la sala. Por lo que McCoy llegó a desentrañar, se trataba de dos perros con rostro humano peleando, aunque podían estar follando, no estaba seguro. Mullen señaló hacia la puerta que había en una esquina.

—Por ahí se llega a la sala de estar.

McCoy cruzó la puerta. No tenía claro qué esperaba encontrarse, pero fuera lo que fuese no tenía nada que ver con la realidad. Fue como adentrarse en el confortable salón de la casa de una tía carnal. Papel pintado con formas geométri-

cas cubriendo las paredes, una chimenea a pleno rendimiento y un sofá, con dos sillones a juego y los brazos de madera, colocados en semicírculo frente a un televisor en color. Ni rastro del hedor a cubos de basura. Sólo un pequeño detalle estropeaba la alegre atmósfera: la presencia de Howie Nairn. Estaba sentado en el sofá, bien repantingado. Los presos de la Unidad Especial, al parecer, no llevaban pantalones vaqueros ni deportivas blancas. Podían vestir su propia ropa. En el caso de Nairn, ese cambio no suponía una gran mejora. Una camiseta sucia del Che Guevara, una bufanda escocesa alrededor del cuello, unos vaqueros acampanados y el cabello de color castaño, largo y ondulado, recogido en una cola. Incluso llevaba zapatillas de estar por casa. Estaba un poco más delgado, pero, por lo demás, tenía poco más o menos la misma pinta que la última vez que McCoy lo había visto. Una cosa no había cambiado: todavía lucía aquella cruz formada por cicatrices que le recorría el gástrico hasta desaparecer bajo el cuello de su camiseta.

—Ese cerdo que se vaya a tomar por saco —dijo Nairn sin apartar los ojos de la pantalla del televisor—. No tiene permiso para estar aquí.

—Cálmate un poco —dijo Mullen—. ¿McCoy?

Éste asintió y Mullen salió por la puerta por la que habían entrado.

—Aquí os dejo, chicos. Llamadnos cuando hayáis acabado.

McCoy se sentó en el brazo del sofá y dejó un paquete de Regal en la pequeña mesa de café con sobre de azulejos. Esperó. Estaba convencido de que en el aire flotaba un ligero olor a marihuana. No le habría sorprendido. Nada de lo que había allí podía sorprenderlo. Nairn no dijo nada. Seguía con la mirada clavada en el televisor. McCoy era el que debía mover ficha.

—Pillo el mensaje. Se supone que tengo que sentirme honrado, ¿no?

Nairn gruñó.

—No te hagas ilusiones, McCoy. Eres el único poli del que recuerdo el nombre.

McCoy echó un vistazo a los pósteres colgados de la pared. No se trataba de las habituales chicas con las piernas abiertas. Había un mapa de la Tierra Media, una fotografía del presidente Mao. Los libros de las estanterías tampoco estaban mal. La autobiografía de Malcolm X. *Forastero en tierra extraña. Bhagavad Gita*.

—Todos esos rollos hippies funcionan, ¿verdad? —le preguntó—. ¿Ya no sientes la necesidad de rajarle la cara a ningún guardia? —No hubo respuesta. Suspiró y lo intentó de nuevo—. Entonces, ¿esto tiene que ver con Garvie?

Nairn finalmente apartó la mirada de Zebedee y Dougal.

—¿Con quién?

—Stan Garvie. Lo metieron en una de esas cajas para el té y lo tiraron al río Clyde con unas cuantas pesas de hierro por compañía. Creo que fue obra tuya. Este paraíso vacacional ha hecho que quieras confesar, ¿no es cierto?

Nairn sonrió. Parecía plenamente satisfecho de sí mismo.

—¿Así que ése era el nombre de ese capullo? —Negó con la cabeza—. Verás, *detective* McCoy, no sé nada de eso.

McCoy alzó las cejas.

—Las noticias vuelan.

Nairn se sentó con la espalda recta, metió la mano por dentro de los pantalones, se rascó los huevos y después se olió la mano.

—Bueno, a lo mejor tengo algo para ti. Van a darle boleto a alguien mañana.

—¿Y eso? ¿Vas a acuchillar a alguien en la ducha? ¿Me estás dando un soplo?

Nairn volvió a sonreír, dejando a la vista una hilera de pequeños dientes amarillentos.

—Siempre he creído que eras un jodido listillo, McCoy. Tienes la misma gracia que un cáncer. En la ciudad, una chica llamada Lorna.

McCoy esperó a que dijese algo más, pero no añadió nada. Entendió que iba a tener que aceptar su juego.

—¿Y quién va a matar a la tal Lorna?

Nairn parecía molesto.

—Que te den. No soy un soplón.

—¿Que no eres un soplón? —McCoy se echó a reír—. Entonces, ¿qué hago aquí?

—Estás aquí porque yo estoy encerrado en este puto agujero. No puedo hacer nada al respecto, así que tendrás que hacerlo tú.

—¿Y cómo voy a hacerlo? ¿Envío un mensaje por radio a todas las chicas llamadas Lorna para que se queden encerradas en casa todo el día? No digas estupideces, Nairn, me estás haciendo perder el tiempo.

McCoy se puso en pie. Llevaba despierto desde las cinco de la mañana, acusaba ya el cansancio, no estaba de humor. Lo único que deseaba era una pinta de cerveza y estar lo más lejos posible de la cárcel y de Howie Nairn y sus mierdas. Se inclinó hacia delante para recuperar los cigarrillos, pero Nairn alargó el brazo y le agarró la mano. Tiró de él y colocó su cara muy cerca de la de McCoy.

—Vas a tener que empezar a prestar atención a lo que te estoy diciendo, McCoy, o me vas a cabrear. ¿Estamos?

McCoy se fijó en los dedos tatuados con los que Nairn le aferraba el brazo; tenía ya los nudillos blancos. Él era un preso y McCoy policía. Había ciertas líneas que no se podían cruzar. El juego se había acabado.

—Quítame tu puta mano de encima, Nairn —dijo muy

despacio—. Ahora. Y no se te ocurra volver a tocarme nunca más. ¿Estamos?

Nairn siguió agarrándolo durante unos segundos, luego lo soltó con un empujón. McCoy volvió a sentarse.

—O empiezas a hablar con sentido o me largo. Última oportunidad. —Esperó. Nairn le mantuvo la mirada, los ojos azules acuosos fijos en él. Si estaba tratando de intimidarle, no le funcionaba. Le había mirado de ese modo gente mucho peor. McCoy se encogió de hombros y se puso en pie—. Se acabó el tiempo.

Se dirigió hacia la puerta y llamó a Mullen a voz en grito. Por el sonido de sus botas supo que se acercaba por el pasillo, los talones repiqueteando contra el suelo de linóleo. Una voz sonó a su espalda.

—Se llama Lorna, no sé su apellido. Trabaja en la ciudad. En uno de esos restaurante pijos. Malmaison o Whitehall's. No sé quién, pero alguien se la va a cargar mañana.

McCoy se dio la vuelta.

—¿Eso es todo?

Nairn volvió a clavar la mirada en el televisor.

—Suficiente.

—Digamos que te creo y que voy a evitarlo. Pero ahora dime a qué cojones estás jugando.

Nairn asintió.

—Anda y que te den. Estás apestando mi sala de estar.

*

—¿De qué ha ido todo eso? —preguntó Mullen cuando regresaron al edificio principal.

Empezaban a cerrar las puertas. McCoy tuvo que elevar la voz por encima de los abucheos y del ruido de las puertas de las celdas para hacerse oír.

—Ni puta idea. Me ha dicho que van a asesinar a alguien mañana.

—No será aquí, ¿no?

McCoy negó con la cabeza.

—En la ciudad.

Mullen pareció aliviado.

—Mierda, menos mal. Mañana me toca trabajar. ¿Cómo es posible que el risitas sepa algo así?

—Vete a saber. Así se cree que me maneja.

Esperaron hasta que pasó frente a ellos un preso con un ojo morado y sangre en el labio; iba con las manos esposadas a la espalda y un agente a cada lado, sin dejar de maldecir a voz en grito.

—Tiene gracia —prosiguió McCoy—. Yo estaba allí cuando lo trincaron, pero fue cosa de Brody, no mía. No sé por qué ha querido hablar conmigo.

—Brody. Dios bendito, nadie quiere hablar con él. ¿Fue él quien lo cazó?

McCoy negó con la cabeza.

—Qué va, por una vez todo fue correcto. No había duda de que Nairn era culpable. Lo pillamos con tres escopetas de cañones recortados.

Mullen lo acompañó hasta la recepción y le dijo que tenían que quedar algún día. A McCoy le caía bien Mullen, pero no tenía la más mínima intención de pasar una noche en un pub con un montón de agentes de prisiones de aire tristón contando batallitas.

Una chica llamada Lorna. Podría llamar a los restaurantes, por si acaso. No podía haber muchas Lornas trabajando por ahí. Todavía no entendía por qué Nairn había querido hablar con él, apenas le miró cuando lo detuvieron; estaba demasiado ocupado intentando golpear a Brody, dedicándole los insultos más asquerosos imaginables. Su mirada se

posó en el calendario que colgaba de la pared del fondo del despacho del encargado de las puertas: una chica en topless tumbada sobre un coche intentando dar la impresión de que toda su vida había deseado sostener en la mano una gran llave inglesa. No se había dado cuenta de que era jueves. Tal vez no tenía por qué preocuparse de las mierdas de Nairn; tal vez lo que tendría que hacer era ir a ver a Janey. Después de todo, se lo debía. Sonó el timbre y la cerradura se abrió con un sonoro crujido. El encargado abrió la puerta y la sostuvo mientras el fuerte viento se colaba en el corredor. McCoy echó un vistazo a los árboles que rodeaban el aparcamiento, que en ese momento se sacudían con violencia.

El encargado de la puerta le dedicó una sonrisa.

—Mejor tú que yo, colega. Mejor tú que yo.

Salió corriendo, llegó al Vauxhall Viva sin distintivos y cerró la puerta. Puso en marcha el motor y la radio se encendió de golpe. Como por ensalmo, las notas del tema «Chirpy Chirpy Cheep Cheep» llenaron el interior del coche. Maldijo, cambió de emisora. Rod Stewart, «Maggie May». Mucho mejor. Giró la rueda de la calefacción al máximo y enfiló por Cumberland Road hacia la ciudad. Si quería ir a ver a Janey, primero tenía que pasar a ver a Robbie.